

# Capítulo 1



## Conducción divina

*Él enviará su ángel delante de ti*

**J**avier y Claudia, profundamente enamorados, se sentían muy felices de haber comenzado un noviazgo que estuvo precedido por una bonita amistad y una “química” que los atraía con fuerza. No obstante, ellos tenían algunas preocupaciones: “¿Será que Dios aprueba nuestra relación sentimental? ¿Cómo podremos estar seguros de que obramos en armonía con la voluntad divina y no según nuestros impulsos? ¿Será que estamos actuando racionalmente o sólo con base en nuestros sentimientos? ¿Qué tan importante debe ser, para nosotros, la opinión de nuestros padres acerca del noviazgo que tenemos? ¿Hasta qué punto podremos expresarnos físicamente el afecto sin desagradar a Dios ni sentirnos culpables?”

Las preguntas de Javier y Claudia ilustran algunas de las preocupaciones que deberían tener todos los jóvenes cristianos que desean hacer bien las cosas en el noviazgo. Si estás interesado en conocer los aspectos a tener en cuenta en este tema, y los criterios selectivos para tomar decisiones inteligentes con respecto a tu matrimonio, te invito a leer la historia bíblica del romance de Isaac y Rebeca registrada en Génesis 24, con el fin de reflexionar en quince puntos principales que vamos a extraer de esta historia, y que desarrollaremos en cada uno de los capítulos de este libro.

En el capítulo XVI encontrarás algunas consideraciones importantes que no se perciben de manera evidente en este relato bíblico, pero que, también, deben ser valoradas en el noviazgo y la elección del cónyuge.

El primer punto que me gustaría destacar en cuanto al proyecto de buscar a la persona que se constituirá en nuestra compañera para la vida, es el relacionado con la dirección de Dios. Si hay un asunto importante en la vida de los jóvenes cristianos que requiere de la conducción divina, es el que tiene que ver con la formación y mantenimiento de una relación sentimental con miras al establecimiento de un matrimonio.

Abraham estuvo muy consciente sobre la importancia de que el Ángel de Jehová dirigiera todo

lo relacionado con la consecución de esposa para su hijo, y es de resaltar la seguridad con que reclama la promesa que Dios le había hecho y cómo demanda de su siervo llamado Eliezer (véase Génesis 15:2) que actúe de acuerdo con ésta: *“El SEÑOR, el Dios del cielo, que me sacó de la casa de mi padre y de la tierra de mis familiares, y que bajo juramento me prometió dar esta tierra a mis descendientes, enviará su ángel delante de ti para que puedas traer de allá una mujer para mi hijo”* (Génesis 24; 7; énfasis del autor).

Al hacer, en el Antiguo Testamento, un cuidadoso estudio sobre quién era el Ángel de Jehová, se puede concluir que, evidentemente, era el mismo Señor Jesucristo. En Éxodo 3:2-6 se confirma que el Ángel de Jehová que se le apareciera a Moisés era el mismo Dios, y según Juan 1:1-3, 14, ese Dios tomó después forma humana en la persona del Señor Jesucristo.

Entonces, una primera enseñanza que podemos deducir de la promesa de Dios a Abraham con respecto a que el Ángel (Cristo) iría delante del siervo en el proyecto de consecución de esposa para su hijo, es que para elegir a la persona adecuada para acompañar nuestra vida, según la voluntad de Dios, hay que permitir que Cristo siempre vaya adelante en nuestra iniciativa.

Salomón parece comprender y reconocer bien

este punto, cuando dice: “*La casa y el dinero se heredan de los padres, pero la esposa inteligente es un don del SEÑOR*” (Proverbios 19:14, énfasis del autor). Por supuesto, no sólo podemos aplicar este texto a los hombres, pues estoy seguro de que Dios también está muy interesado en darle a sus hijas un buen esposo que las ame, “*así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella para hacerla santa*” (Efesios 5:25).

Durante el noviazgo es muy fácil caer en la tentación de adelantarse a Jesús, impidiendo, así, que sea Él quien guíe a los jóvenes en su relación. Una de estas formas habituales de proceder, es cuando inician un noviazgo o deciden casarse apresuradamente, sin darle a Dios la oportunidad de mostrarles, en el tiempo, la conveniencia de la decisión que tomaron.

Otra costumbre es ignorar o minimizar lo que Dios nos ha permitido conocer acerca de la inconveniencia de contraer matrimonio entre personas creyentes e inconversas. Por eso, es común ver cómo algunos jóvenes, por encima de la revelación divina y de todo consejo cristiano, prosiguen con sus planes de casarse con alguien que no comparte su fe ni sus principios.

También es frecuente encontrar jóvenes que se anticipan a la voluntad de Dios porque no tienen paciencia para esperar a la persona adecuada.

El sentirse solos, o el vivir con un vacío emocional, los lleva a escoger apresuradamente y, en muchos casos, a tropezar con personas con las que nunca debieron casarse.

Por ser el casamiento algo que afecta no sólo la vida presente sino también la futura,

*“Una persona que sea sinceramente cristiana no hará progresar sus planes en esa dirección sin saber si Dios aprueba su conducta. No querrá elegir por su cuenta, sino que reconocerá que a Dios le incumbe decidir por ella” (El hogar cristiano, p.34).*

Por ende, ningún joven cristiano debería aventurarse a iniciar una relación sentimental sin que su iniciativa esté precedida por la búsqueda de la conducción divina. Con la seguridad de que Cristo tiene un gran interés en tu felicidad y en la de la persona que hayas escogido, puedes, entonces, confiarle tus anhelos y planes, creyendo que Él siempre estará dispuesto a brindarte la ayuda necesaria para que obtengas éxito en esta decisión tan trascendental en la vida de todo ser humano.

El sabio Salomón recomendó al creyente, de manera especial, no confiar en su propia opinión y, por el contrario, depender completamente de la conducción divina. Leamos sus elocuentes palabras: *“Confía en el SEÑOR de todo corazón, y no en*

*tu propia inteligencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él allanará tus sendas”* (Proverbios 3:5-6).

A menudo, al ser humano le cuesta dejar que Cristo lo guíe en el plano sentimental. Sin embargo, el mandato es no dejar de reconocer al Señor en todas las áreas de la vida, y mucho menos en aquéllas que no sólo afectan nuestra vida presente, sino también nuestro destino eterno.

Esta preciosa promesa, escrita por el salmista David, destaca que el Señor tiene puestos sus ojos sobre nosotros y que, por lo tanto, es preciso permitirle que nos muestre la senda que debemos seguir: *“Yo te instruiré, yo te mostraré el camino que debes seguir; yo te daré consejos y velaré por ti”* (Salmo 32:8).

Por inspiración divina, el profeta Isaías declaró que trazar planes y hacer alianzas que no procedan del Señor ni de la voluntad de su Santo Espíritu es un acto de rebelión y, de hecho, un pecado (véase Isaías 30:1). En consecuencia, resulta inconveniente que los jóvenes desplacen a Dios del lugar que merece en todos los proyectos de su vida, y asuman presuntuosamente la dirección de su embarcación, sin percatarse de que se pueden estrellar contra una roca oculta que haga naufragar su felicidad.

Dada la trascendencia que tiene el matrimonio en la vida presente y futura,

“ningún cristiano sincero deberá hacer planes que Dios no pueda aprobar” (*El hogar cristiano*, p.39).

Para muchos, la cuestión del noviazgo y el matrimonio parece ejercer un poder tan hechizante sobre ellos que les impide someterse a Dios, por temor a que alguien intervenga en sus planes. Es lamentable que existan jóvenes tercos que dejan a Dios por fuera de asuntos tan importantes.

De modo que el desafío para los jóvenes cristianos que desean tener un buen encuentro es permitir que Cristo ocupe el primer lugar en todos sus planes, a fin de que cada una de sus decisiones sea tomada de acuerdo con su beneplácito. Esto siempre será lo más conveniente para su vida, ya que “Dios no guía jamás a sus hijos de otro modo que el que ellos mismos escogerían si pudieran ver el fin desde el principio” (*El ministerio de curación*, p.380).

Por consiguiente, apreciado joven, ten en mente que no posees la libertad de disponer de ti mismo de acuerdo con lo que tu fantasía te dicte; recuerda que Cristo te ha comprado por un precio infinito, y que le perteneces. Por esto, debes tenerlo en cuenta en todos tus planes. Proverbios 19:21 dice: “*El corazón humano genera muchos proyectos, pero al final prevalecen los designios del SEÑOR*”.

Pero, ¿cómo pueden los jóvenes dejar que Jesús sea el primero en sus planes? La respuesta es: a través de la oración. A medida que le encomendemos nuestros caminos a Dios, Él dirigirá nuestros pasos. En el próximo capítulo se tratará más a fondo cómo la oración debe constituirse en un acto central cuando se procura elegir a alguien como compañero para el resto de la vida.